

APUNTES

9.

15 de Diciembre de 1932

Budismo e individualismo

Anagarika Lhashekankrakrya, venerable presidente de «La Unión universal para la difusión del Budismo», fundada por él, en Siam, en 1913, ha dirigido desde Nueva York, en agosto último, una invitación para la grandiosa asamblea de «jefes y filósofos budistas» que tendrá lugar el año entrante, con el fin de estudiar juntos los males presentes del mundo y buscar una solución a los problemas de la humanidad. Después de recordar que los budistas constituyen un cuarto de la población del globo, traducimos algunas palabras de la hermosísima invitación:

Aunque no se les haya consultado, los budistas quieren sin embargo saber a qué atenerse en el actual desarrollo caótico de la ideología y de las tentativas insensatas de los humanos.

Podemos decir, según toda previsión, dados los auspicios felices bajo los cuales esta Asamblea se desarrolla, que vamos a asistir a un suceso trascendental, que demostrará a la vez la importancia y la excelencia del individualismo.

El Budismo es fundamentalmente individualista, porque él implica el desarrollo o perfeccionamiento de la naturaleza humana por el propio esfuerzo del individuo, exclusivamente.

Seis siglos antes de la era moderna, Bouddha Gautama, en su lecho de muerte, exclamaba: No busquéis refugios exteriores. No busquéis ayuda exterior. Sed vuestro propio refugio. Alumbrad como si fuerais vuestra propia lámpara. Id por el mundo y enseñad la buena vía. Sed siempre *vosotros mismos* y seréis felices!

El estatismo o arquismo es indispensable para que las gentes sin carácter e incapaces de vivir con toda independencia de espíritu, puedan hacer frente a las contingencias múltiples de la vida. Los débiles, los entecos, los anormales, los amorfos, los desorientados, los incóscientes, los enfermos, los valetudinarios, todas esas gentes cuya psicología postula toda suerte de represiones y de redes complejas, todos esos espíritus hechos para recibir dócilmente el yugo de algún tirano, todos los que tienen un cuerpo preparado para el látigo de un amo, X o Z, toda esta multitud necesita un sistema arquista. Y ellos son los elementos de toda colectividad. Vivir en manada es lo propio de su naturaleza, de su contextura psico-biológica. Si el arquismo no existiera en esos constituyentes inferiores de la especie humana, los espíritus fuertes no podrían vivir libremente según su aspiración. En filosofía pura, debemos por consiguiente admitir que el colectivismo es una forma de vida inferior al individualismo, pero que éste depende en mucho de aquél.

El budista es un *heimatlos* —en francés: *un en dehors*—, fuera de la manada, por su excelencia mental; pero esto no implica para él un *casus belli* frente a la sociedad. En esto difiere el budista del anarquista. El budista no se opone al arquismo; prefiere imponérsele. Hace triunfar *la calidad* del individualista consciente y de contextura mental supe-

rior, sobre la *cantidad* de los colectivistas inconscientes y de vida inferior en todo respecto; PERMANECE EN LA SOCIEDAD SIN PERTENECERLE; participa en ella, sin sometérsele; le presta todo su concurso, cada vez que ella lo necesita, pero sin jurarle fe alguna.

San José, 24 de noviembre de 1932.

Sr.

Don Elías Jiménez Rojas,

Ciudad.

Estimado señor:

Muy agradablemente me ha sorprendido su atenta de hoy, portadora de su voz de aliento para el pequeño grupo (¡y tan pequeño!) de los que venimos combatiendo por el retorno a las normas de libertad de que gozaban, antes, las actividades privadas. Normas que permitieron el portentoso desarrollo de la riqueza de las naciones y el más alto standard de vida para los habitantes. Fue durante su imperio que la vida se hizo fácil, segura y agradable. Fácil, porque la baratura puso todos los artículos al alcance de todos los bolsillos. Aun los que en otras épocas fueron lujo de los pocos, como el algodón, el lino y aun la misma seda, vinieron a ser patrimonio de los muchos. Segura, porque los capitales creados con cualquier industria, mediante el trabajo y la economía, no estaban expuestos a esfumarse por variaciones violentas de la moneda ni cambios bruscos en las leyes fiscales. Agradable, porque la estabilidad de los

negocios y de las ocupaciones, daban al vivir la serenidad de los días que hoy hemos trocado por la nerviosidad de los minutos.

No creo que usted aprecie estas expresiones como simples ditirambos nacidos de una senil añoranza del pasado. No es posible juzgarlas así, porque el cambio sufrido por el mundo es de ayer, de poco antes de la guerra, y nos tocó presenciarlo, en plena madurez, antes de que llegáramos a la edad en que todos sentimos la nostalgia encerrada en el verso de Manrique:

«Cualquiera tiempo pasado fue mejor».

No; no es cualquiera tiempo. Porque muchos anteriores tuvo la humanidad aciagos. Es por el tiempo aún reciente en que hicieron eclosión victoriosa todas las luchas sostenidas por la conquista de las libertades por el que suspiramos. Es ese ayer el que quisiéramos vivir ahora. Son aquellas normas de vida y de gobierno las que quisiéramos que nos volyesen a regir. Porque la causa mayor de los males que nos oprimen y la única —tal vez— que nos retarda la cura de ellos es el olvido de esas normas. De esas normas que podían reconocer al Estado como omnipotente en el dominio político pero que limitaban su poder, en el dominio de las actividades privadas, a la misión de mantener el fiel de la balanza entre los ciudadanos, esto es: a resguardar los derechos y haberes de cada cual.

Entonces, en lugar del sentimiento de un nacionalismo estrecho, teníamos la conciencia de un internacionalismo que nos hacía solidarios, los unos a los otros, en el auge de los negocios, en la creación de la riqueza, en el bienestar general. El intercambio comercial llevaba la tendencia al libre cambio, no

absoluto, ciertamente, pero atemperado por aduanas de carácter más fiscal que proteccionista y por tratados comerciales, entre las naciones, a largo plazo, que suavizaban el rigor de los derechos fiscales y daban seguridad de permanencia a las condiciones que regulaban el intercambio.

Teníamos, entonces, monedas estables que garantizaban la fijeza del valor de los artículos y la facilidad del movimiento de los capitales. Sin las estúpidas leyes que en otras épocas tasaron el interés del dinero y el precio de los artículos, la banca universal ofrecía sus capitales a tipos tan bajos de interés como no llegaron a soñar los gobernantes que fijaron inútilmente el tanto de la renta permisible, y el comercio cedía los más ricos productos de la tierra y de la industria a precios al alcance de los más bajos salarios y de las más modestas rentas.

El mundo presentaba el aspecto de una laboriosa colmena, en la cual el trabajo abundaba y la miel alcanzaba para todos los trabajadores, sin desperdicios ni mezquindades.

Desde la Guerra todo cambia, y al cambio preceden el abandono de las antiguas normas, el desprecio de las leyes económicas y el entronizamiento del empirismo en el Gobierno, en el Parlamento, en la Prensa y en el Público.

Contra el ejercicio de la libre actividad profesional del individuo se levanta el Estado, gran empresario por cuenta propia, o regulador e interventor de las empresas privadas.

En contra del intercambio mundial, se levantan, cada vez más altas, las murallas aduaneras, se crean otras que no existían, como las de las nuevas naciones nacidas en Versalles del desmembramiento de antiguas grandes áreas económicas.

Rompiendo la sanidad de los precios se desequilibran las monedas, y para hacer más durables los efectos del desequilibrio se dictan leyes reguladoras del cambio, se impide la circulación del oro, se interviene en los pagos y compras del comercio, se matan, en suma, la iniciativa particular y el poderoso acicate del interés individual.

Los resultados de ese cambio de frente los palpamos; mejor dicho: los sufrimos, dolorosamente:

Veinte millones de hombres sin trabajo, a pesar del decantado proteccionismo. ¿No podríamos decir, gracias al mismo?

Brasil quemando montañas de café.

Las tierras de pan llevar dejando perder el trigo.

Los árboles frutales abatiéndose al peso de la fruta cuyo valor no compensa el gasto de recolección, y millones de seres pereciendo de hambre y desnudez.

Flotas de buques, que antes apenas bastaban para el tráfico intercontinental, pudriéndose inútiles en los puertos. Líneas de ferrocarriles en quiebra por carecer de mercaderías y de pasajeros.

Y las mayores fortunas fundiéndose como montones de nieve al sol.

Agréguese, al cuadro, para completar su negrura, pirámides de cifras representativas de deudas, impagadas e impagables, pero que pesan agobiadoramente sobre un mundo empobrecido.

Y no es que no se hayan oído voces acreditadas señalando el remedio. Pero esas voces, fueron amedrentadas o ahogadas por los intereses políticos, por los nacionalismos erróneos, por la suficiencia de los que sentaban la quiebra de la Economía clásica.

Sin embargo, como la razón termina, a la corta o a la larga, por imponerse; como los mismos sufrimientos que el olvido de ella inflige, hacen buscar

el remedio, yo espero —optimista siempre— el retorno de los buenos tiempos, con el próximo abandono de los sistemas y procedimientos que nos apartaron de las normas de la libertad, y con la corrección de los errores que nos hizo cometer la adversidad.

Alienta mi optimismo la sucesiva declaración, en estos últimos meses, de estadistas y economistas en pro de un cambio de frente que haga imperar las condiciones económicas invertidas desde la Guerra.

En reciente conferencia, Joseph Caillaux, al hablar de las restricciones del comercio y del peso de las deudas, se pronunció en estos términos: «Cuando los capitales disminuyen, hay que exportar mercaderías, y como por doquiera se elevan barreras aduaneras, tropezamos con imposibilidades. La esencia del problema consiste en la supresión de las deudas, sobre todo teniendo como tenemos el convencimiento de que nunca serán pagadas. Siendo así conviene hacer de necesidad virtud. No veo más que una solución económica: la esponja en la pizarra».

Y M. Schoeber, canciller de Austria, dice por su parte: «Es evidente que el saneamiento económico será imposible sin un *desarme aduanero* que debe preceder a cualquier medida, ya que las luchas aduaneras fueron la causa principal de nuestras actuales miserias».

Y Cambó clamando contra toda legislación coactiva nos recuerda que «En Alemania, cuando se inició la caída del marco, se acudió a la legislación coactiva para evitarla. El resultado no fue otro que estimular la evasión y precipitar el hundimiento de aquella moneda. En Francia, la terrible depresión del franco, en 1926, fue estimulada por la legislación coactiva contra la evasión de capitales, que trocó en torrentes lo que sólo había sido un arroyuelo. ¿Cómo consiguió Poincaré

que volvieran a Francia los capitales que habían emigrado en el período en que se amenazaba su salida con las más severas sanciones? Lo consiguió suprimiéndolas y permitiendo que los capitales pudieran libremente salir. Entonces los haberes franceses volvieron a su país. El dinero no se caza a cañonazos, se caza con reclamo».

Y, por último, Delaisi, en magistral estudio sobre la crisis, concluye con que el remedio está en volverse a la libre circulación del oro, de las mercaderías y de los hombres.

Estas voces de los últimos tiempos se multiplican día a día. ¿No han de llegar a dominar?

Yo, así lo espero, como espero que usted perdonará la abusiva extensión de esta carta, en consideración a la alta estima que le profesa

Su atto. S. S.,

Tomás Soley Güell.

Nosotros fuimos de los últimos en copiar la nuestra, de las leyes arbitrarias controladoras del cambio. Mucho me temo que seremos, también, de los últimos en derogarlas. Porque ese es el camino que llevan las naciones: el de desandar los pasos mal dados, y el de abolir, como Finlandia, las leyes mal llamadas controladoras del cambio. Todos los economistas de fama mundial se están declarando en contra de esas leyes de emergencia. Yo he publicado párrafos, de algunos de ellos, terminantemente condenatorios. Los últimos congresos económicos se han pronunciado, también, en el mismo sentido adverso, y, hace pocos días el de la Sociedad de las Naciones al declarar la necesidad del retorno al patrón de oro,

tácitamente condenó las leyes restrictivas, puesto que el régimen del patrón de oro supone la libre disposición del oro: su exportación e importación sin trabas de ninguna especie.

Tomás Soley Güell.

* * *

Ese sistema (el del control de cambios) conduce a una rigurosa dictadura económica que implica el control del Estado, ya no sólo sobre el cambio, sino sobre todo el organismo económico, y en fin de cuentas conduce a un sistema soviético privado de toda libertad y encerrado en camisa de fuerza. A pesar de eso, el remedio agrava progresivamente el mal.

O. R. Mohson,

en la Conferencia Monetaria de Berlín.

* * *

La experiencia ha sido cruel. El sistema de los soviets y de los trusts colectivistas encontró a Rusia en un estado de desorganización económica indiscutible; pero en lugar de mejorarlo no ha hecho más que agravarlo. En vista del agotamiento cada vez mayor del país, han tenido los mismos jefes bolcheviques que acceder a un retorno parcial a la economía individualista, lo que implica una confesión de la derrota. Pero la misma N. P. E. (Nueva Política Económica) después de un breve despertar de la producción rural, sólo ha conseguido sobreponer los vicios de la especulación burguesa al centralismo paralizador de los trusts socialistas. Al cabo de tantos años y tanteos se ha visto que el sistema soviético es incapaz de levantar a Rusia mediante sus nuevos procedimientos.

J. Delaisi

(Citas de don Tomás Soley Güell)

* * *

Hacia las normas de la Rusia roja parece que vamos, pues por todas partes se quiere introducir la intervención del Estado: monopolio de gasolina, de harina, de sal, de seguros, de licores, de letras y cambios, de fertilizantes, de café y qué sé yo cuántos más; unos vigentes y otros en proyecto, unos buenos y otros malos, pero todos con la misma marcada tendencia de establecer la presencia del Estado en todas las actividades de la vida nacional.

Ricardo Jiménez,
Presidente de la República

(*La Tribuna*, 18 de noviembre de 1932)

Al Margen del Noticiario Cablegráfico

Un Criterio Individualista

Don Jacinto Benavente es un escéptico en materia de política, como lo son generalmente los artistas. Es un escepticismo que proviene del hábito de mirar las cosas al través del prisma del criterio artístico, que abulta la rudeza de las realidades.

Don Jacinto objeta la ley de congregaciones religiosas. Cree sin duda que el valioso patrimonio artístico, herencia del clasicismo español, que guardan las catedrales y monasterios de España, está mejor en manos de la Iglesia, conservadora de la tradición, que en manos del Estado, que es cosa amorfa, espesa, sin sentido de lo grande y de lo bello.

Sin embargo, en el criterio de Benavente, hay algo más que un simple sentimiento de artista. Hay

toda una ideología política profundamente española. Benavente no cree en la república, pero tampoco creyó en la monarquía, es decir, no cree en la organización del Estado ni en las leyes. A raíz del establecimiento de la república, en una entrevista que le hizo don Francisco Lucientes, el famoso dramaturgo dijo estas palabras: "La república no cambiará en nada las costumbres del pueblo. España vive bajo el régimen de una nueva dictadura, la tercera. Es excesivo. La dictadura de un Parlamento con veleidades de tribunal de Salud Pública. Lo que habría que hacer en vez de elaborar una Constitución es educar al pueblo. Las leyes, en último análisis, no son nada. Se observan o no se observan. Esta es toda la cuestión. Un buen pueblo, un pueblo bueno, no tiene necesidad de leyes. Mientras no se le eduque, el país seguirá siendo el que es, con buenas o con malas leyes".

Este es un criterio eminentemente político. Criterio español, que es el único en que palpita este individualismo radical y absoluto. La tonalidad escéptica, que pone todo artista en aquello que está fuera del plano de su arte, nos vendría a dar el complemento de este tipo característico de ideología española.

Salvador de Madariaga nos dice que la característica esencial del espíritu español es la pasión, como la del francés es la inteligencia y la del inglés la acción. Y esta característica se revela en los grandes y en los pequeños detalles de la vida colectiva e individual. Pasión en el amor y pasión en la política, porque el español tiene el sentido de lo trágico, siempre, y lo aplica igualmente a un cambio de régimen que a una corrida de toros. Pero la pasión es rehacia a toda disciplina. De aquí que, frente al Estado y a las leyes, prive siempre el sentimiento individualista.

Chesterton y la Reforma Educacional Soviética

La reforma educacional que está realizando el gobierno soviético ha sido motivo de los más acalorados comentarios en el mundo entero. Constituye sin duda uno de los hechos más trascendentales e interesantes del siglo. En lo accidental, la reforma puede resumirse así: la primera enseñanza se desembaraza de todas las asignaturas inútiles; la segunda se amplía y se encamina hacia la instrucción técnica y práctica inmediatamente relacionada con el desarrollo de la gran industria. En lo substancial, ambas tienden al desarrollo máximo de la imaginación e iniciativa individual del estudiante, es decir, a crear en éste una personalidad, un criterio y un sentido de acción propios. Esta ligera síntesis, que hemos tomado del "Manchester Guardian", uno de los mejores diarios de Inglaterra, nos dice que se trata de una reforma de carácter individualista, que realiza un régimen: la educación.

Los comentarios hechos a la reforma han sido universalmente elogiosos y especialmente de parte de los liberales. Algunos han sido humorísticos. Pocos días hace se reprodujo en la sección de caricaturas una de una revista de Moscú: un niño soviético, desde la cátedra, dice a los directores de la enseñanza: "Y ahora, camaradas pedagogos, el que no haya entendido, que levante la mano".

El comentario del escritor inglés Chesterton, de que nos habla uno de los despachos cablegráficos de hoy, es interesante. Chesterton cree que la reforma es una tabla de salvación en el programa del maquinismo, que permitirá al mundo volver al dominio de la dignidad individual.

Chesterton detesta los formidables progresos de la civilización moderna. Detesta, —lo dijo en un artículo que leímos hace algún tiempo en el "New York Herald Tribune",— el sombrío porvenir de un mundo organizado sobre una base absolutamente científica, gobernado por una gran estación central de energía eléctrica; donde los hombres se comunicaran por medio de la televisión; donde los niños se produjeran en incubadoras y los alimentos en laboratorios químicos y en que todo estuviera sometido a leyes físicas y matemáticas inmutables. Chesterton, discípulo de Epicuro en el fondo, cree que el mundo actual del comercio y de la economía, heraldo del mundo futuro del maquinismo absoluto, debe sustituirse por un mundo que produzca para gozar. Cree que un billar eléctrico, en que las bolas marcharan con exactitud hacia los puntos a que nuestra voluntad las impulsara, causaría pena inmensa al jugador que hoy, sobre un solo pie y tendido sobre la mesa, taquea la bola de marfil en la esperanza, casi irrealizable, de hacer una carambola en el ángulo más lejano. Para él, la carambola, como todos los hechos grandes y pequeños de la vida, no está en ella misma, sino en el placer individualísimo de hacerla y aun en el dolor de no hacerla.

De aquí que Chesterton, enemigo de la escuela standardizada y de todas las cosas standardizadas, dé la bienvenida a la reforma educacional soviética. Pero debemos observar que, al contrario del caso de Benavente, el criterio de Chesterton es eminentemente artístico, casi romántico, con ser él menos artista que el español y, sobre todo, con ser inglés. La humanidad ha soñado y soñará siempre en lo que llegó hasta las fibras de su sentimiento; creará siempre en ese mentiroso lugar común de que todo tiempo

pasado fue mejor. Llegará un día a ser una realidad ese mundo mecánico que detesta el humorista inglés; la humanidad tendrá las carambolas hechas con precisión matemática y sin duda vivirá mejor. Pero siempre seguirá soñando, a menos que un día se nos anuncie una nueva reforma, una maravillosa reforma educacional que venga a standardizar el corazón.

Abelardo Bonilla.

(Del *Diario de Costa Rica.*)

Un eco del *Congreso de la rata* nos es dado por M. Oliviero. No se conoce un medio seguro para quedar desembarazado del maldito enemigo. Los mejores serían los siguientes, basados en la mentalidad del roedor.

Colocad una mezcla de alquitrán y de ácido sulfúrico en la entrada del agujero de las ratas. Las primeras que pasen por allí se quemarán las patas y no podrán andar ya. Son alimentadas por la comunidad y por el agujero fatal no pasan más las ratas. También existe otro medio: captúrese en una ratonera una rata viva, quémesele la punta del rabo y abandónesele luégo. La rata vuelve a reunirse con sus compañeras, las cuales al ver el daño que sufrió se apresuran a abandonar cuanto antes la casa.

En efecto, las ratas, cuando una casa o un navío en el puerto comienza a quemarse, son la primeras en huir, hasta el punto de que este exodo previene al observador sagaz de que va a declararse un incendio.

(Revista Moderna de Medicina y de Cirugía).

A la Memoria del Padre Chapuí

por Alfonso Jiménez

Propagar los sentimientos buenos, aquellos sin los cuales no podría existir la sociedad humana, es tarea de evidente utilidad. ¡Qué sería del mundo si ellos no contrarrestaran los efectos de la ambición insana y de la codicia, que para saciar sus apetitos, no reparan en los medios, y para las cuales nada significan la salud y la vida misma de los hombres!

Entre los buenos sentimientos brillan la generosidad y la gratitud. Es tal la belleza de éstas, que quien las posee en alto grado, por humilde que sea, se eleva y ennoblece.

Es, pues, obra de educación enaltecer la memoria de los hombres que en la vida dieron muestra de excelentes sentimientos.

Claro es que los muertos no tienen necesidad en ningún concepto de las manifestaciones de los vivientes. Sólo éstos pueden sacar provecho de las lecciones que dieran los que no existen.

Todas esas consideraciones se me ocurren al pensar por una vez más en la generosidad del PADRE CHAPUI, del que fue Presbítero don Manuel Antonio Chapuí de Torres, nativo y vecino de este valle, y al pensar en especial, que los josefinos estamos en el deber de expresar que no ignoramos lo que él hizo en bien de nuestra población y de dar público testimonio de nuestra gratitud.

Para los que no lo sepan, es preciso decir lo que debemos a la munificencia del Padre Chapuí.

Abro en la página 115 el tomo 1.º del Índice de los protocolos de San José, años 1721 a 1836, impreso en la Tipografía Nacional, año 1905, y copio lo que sigue:

«Año 1783... Agosto 9. Testamento del Pbo. don Manuel Antonio Chapuí de Torres, Cura de San José... Declaro que las tierras en que está poblada esta villa son mías, cuyos títulos han perdido mis sobrinos; pero es público y notorio cuáles son sus linderos pues lo acreditan las demás que con ellas confinan, por sus escrituras; y es mi voluntad que queden a beneficio de los hijos de ella con el bien entendido de que todos los que quieran sitio para vivir, sea bajo la campana y éste se le ha de medir por el Teniente de Gobernador que es o fuere de esta villa, a quien para ello se le deberá tomar su venia; y es mi voluntad que este asunto lo hagan guardar y cumplir enteramente mis albaceas».

Entiendo que las tierras que así donara el Padre Chapuí, las había heredado de sus padres, y que es el apellido materno de él, de Torres, el nombre que tiene el pequeño río que limita la ciudad de San José por el Norte.

De las tierras legadas es parte el llano extenso y hermoso —aunque indebidamente desfigurado— que llamamos La Sabana, nuestro campo de esparcimiento y juego.

Se llevan a cabo trabajos para el arreglo y embellecimiento del paseo que conduce a dicho llano. Se ha erigido un obelisco a la mitad, más o menos, del mismo paseo, con la dedicatoria de éste como homenaje a España y a Colón.

¿No sería digno remate de ese paseo, a la vez que elegante entrada principal al llano, un monumento en forma de arco con la siguiente inscripción: *A la memoria del Presbítero Manuel Antonio Chapuí de Torres, benefactor de esta ciudad?*

REPORTAJES

Del «Diario de Costa Rica», 7 de Octubre de 1932.

El repórter siempre ha tenido un alto concepto de las mecedoras. Pero cuando estos simpáticos artefactos se encuentran en la paz perfumada de una botica, cuando el suave balanceo se hace mientras personas doctas hablan de cosas trascendentales, entonces la simpatía se cubica. El repórter reconoce su estado de intrascendencia latente. El repórter reconoce su mutismo ante los graves problemas, porque él, hombre mediocre, es solamente un espectador emocional de la vida. Por eso se refugia muchos días en la paz de la botica de este amigo de puntillas que es don Elías Jiménez Rojas. Espiritualmente, don Elías es un hombre que camina de puntillas. Cree que el mundo, como ese recinto, está lleno de cristales. Teme que se rompan los crisoles humanos que contienen la farmacopea del vivir. Don Elías, sapiente en todo, no ha aprendido a distinguir el barro del cristal. El laboratorio le quitó la visión cruel de lo demás, y en la ceguera (¿bondad?) se mantiene, con una dulce y tranquila sonrisa del hombre colocado al margen de las pasiones. «Paso de los sesenta años y ya estoy exento de todo cargo concejil» le hemos oído decir, riéndose de la malicia, mientras se sonroja todo, como si hubiese cometido un pecado.

Don Elías nos soporta. Soporta al repórter, que es hombre digno de ser «pasajero de tranvía». El repórter habla, deja caer ideas, insinúa temas. El boticario no abandona el mortero ni suelta el lápiz. Trabaja

siempre. Trabaja mientras el reportero habla. Habla como una victrola que tuviera una desesperante cuerda sin fin.

—¿Ha visto usted, don Elías, las glosas de Panurgo?

Se detuvo el lápiz. Se detuvo el mortero. Cuando hay algo trascendental, don Elías se despoja de la gorrilla sin importancia que lo cobija. Se le encienden los ojos. Viene hacia el repórter, que conserva su misma posición de «execrable pasajero de tranvía».

—¿Quién es el que hace las glosas de Panurgo? Me han gustado las glosas. Por esto le pregunto quién es. Debe de ser joven por la galanura del estilo y por el candor con que habla del «nuevo evangelio que exaltan biólogos como Stoddard y Wiggman». Los jóvenes se imaginan que todo es como ellos, nuevo. Ese evangelio tiene cerca de sesenta años. No hay en él tal vez una palabra que no fuera dicha por Darwin. Me parece también joven porque habla de la intuición y de los laboratorios científicos, en términos no meditados largamente. Compare Ud. Dice Uxlux: «El laboratorio y la dosificación droguística, crean en la mente una costra de rutina, una visión limitadora que arrastra siempre al individuo hacia las fórmulas fáciles y primarias». Esto último es bastante cierto; pero ¿qué mal hay en las fórmulas fáciles? La selección natural, de que trata Uxlux, ¿no es acaso una de las admirables fórmulas fáciles? La primera parte de la afirmación que cito de Uxlux, es en cambio falsa completamente. ¿Qué son los laboratorios? ¿De dónde salen todas las novedades, las únicas novedades que conocemos los hombres? Compare, amigo, con lo que dice Alberto Eduardo Wiggman en su famosa «Carta de un biólogo a un estadista» que reproduje ya hace diez años:

«En vez de hacer uso de tablas de piedra, visiones y sueños, el Señor brinda hoy al hombre el microscopio, el telescopio, el espectroscopio y el tubo de ensayos químicos para que se halle en situación de descubrir por sí mismo los misterios de la vida». «Vuestra Excelencia debe de haber llegado ya a la conclusión de que habéis hecho una terrible mescolanza de las cosas. Tal es la reacción espiritual que deseaba yo provocar. En opinión del biólogo, la única esperanza de escapar de esta confusión es que, con nueva visión espiritual de la política, rindáis obediencia a los dominantes preceptos del nuevo decálogo de la ciencia, brotado del moderno Sinaí: *el laboratorio.*»

El trozo de Uxlux relativo a la intuición y a la inspiración afea verdaderamente el artículo de que estoy hablándole. La palabra intuición tiene un sentido propio en las ciencias: el sentido que el mismo Bergson, el apóstol del intuicionismo, ha acabado por reconocerle. Oiga Ud. a Bergson. Estas palabras son del bellissimo discurso que hizo en la Residencia de Estudiantes de Madrid:

«El filósofo deberá resignarse, como el hombre de ciencia, a no estudiar más que un corto número de puntos, a no plantear más que un corto número de problemas; sólo con esta condición obtendrá resultados duraderos. Otros filósofos continuarán su labor. Así la filosofía, como la ciencia, se hará en colaboración, y progresará indefinidamente, en lugar de tejerse y destejirse sin cesar como la tela de Penélope. La unidad de la filosofía ya no será la de una cosa hecha, como la de un sistema metafísico; será la unidad de una continuidad, de una curva abierta que cada pensador prolongará, tomándola en el punto en que otros la dejaron. Pero la filosofía así concebida, si no exige

ya que el filósofo tenga genio, requiere en cambio, una labor mucho más prolongada, un esfuerzo mucho más penoso que si se tratara simplemente de construir un sistema metafísico con la dialéctica por instrumento y las imaginaciones por material. Pues el método filosófico, tal como yo me lo represento, comprende dos momentos, implica dos acciones sucesivas del espíritu. El segundo momento, el acto final, es el que yo llamo intuición; un esfuerzo muy difícil y muy penoso, por medio del cual se rompe con las ideas preconcebidas y con los hábitos intelectuales hechos, para colocarse simpáticamente, sintónicamente en el interior de la realidad. Mas antes de que sobrevenga esta intuición, que es la operación propiamente filosófica, es necesario un estudio científico de los contornos del problema. Ahora bien, esos contornos pueden ser de los más inesperados. El que emprende una cierta dirección filosófica, no puede saber de antemano cuáles van a ser los problemas científicos que encontrará en su camino, y que deberá profundizar para seguir adelante. Podrán ser problemas de mecánica, de física, de biología, de sociología, de una ciencia cualquiera.—Pero ¿y si no es matemático o físico, o biólogo, o sociólogo?—Tendrá que llegar a serlo.—Eso no se hace en un día.—Cierto que no; eso puede exigir años; pero el filósofo consagrará a ello los años que hagan falta.»

El lastre de la sabiduría de hombre alguno no ha limitado jamás el vuelo del pensamiento. La intuición fecunda, el momento de gracia, jamás ha favorecido a quien no estaba listo. Charcot decía: «En realidad es la mente la que vive y ve las cosas; no obstante, difícilmente ve nada sin instrucción preliminar». Pasteur—fijese bien que cito nombres de innovadores—se resumía así: «En el campo de la observación, el

azar favorece tan sólo a la mente preparada.» Pero cuidado va Uxlux a tomar a mal mis reparos. ¡Bienvenido sea si viene a trabajar como joven contra el estatismo! Lo único que debe advertir es que si un hombre como yo comienza a enmudecer, de asuntos falto y agotado su tesoro, como decía Becquer, no es por haber gastado una parte de la vida en los laboratorios, sino simplemente en virtud de la edad.

El doctor don Ricardo Jiménez Núñez fue discípulo mío hace 37 años. En su libro «Nociones de higiene al alcance de los niños», enero de 1923, sostiene que la ley de la evolución no puede aplicarse al hombre, tal como se aplica «a las plantas y a los brutos», pero cita en forma que me honra mucho, la opinión contraria explicada en mis lecciones. Lea Ud. página 210, últimas líneas: «La mortalidad de nuestros niños, dice don Elías Jiménez Rojas, debe corresponder a la mortalidad prematura a que están sometidas todas las especies biológicas, animales y vegetales. Conviene al progreso que los débiles perezcan antes de reproducirse. El primordial cuidado del higienista consiste en hacer que los niños nazcan sanos y se conserven sanos. El prestar atención a los niños que nacen enfermos es tarea reservada al médico. Y, hay que confesarlo, esta tarea es contraproducente en la mayor parte de los casos.» Poco más o menos, esto es lo mismo que sostiene Uxlux.

Exagera notoriamente Uxlux cuando afirma que los médicos del país ignoran los escritos de Stoddard. La obra *La amenaza del sub-hombre*, fue profusamente repartida en toda la República. Se leyó y se olvidó porque el terreno no era propicio. Pero sí se leyó. Recuerdo que un periódico—*Comercio e Industria*—me interpeló, díganoslo así. De esto hace nueve años. Y recuerdo el final de mi respuesta:

«Sin haber vivido en ninguna sociedad ideal, yo no he conocido ninguna persona superior que haya tenido que dolerse de verdaderas incomodidades y miserias».

Stoddard ha marcado con mucho acierto la deleznable base de todas las fórmulas socialistas. Quien lo ha leído queda convencido de que está destinado a desplomarse cuanto se construya en contra del principio de la desigualdad natural. «La Naturaleza no conoce la igualdad. Distribuye de una manera absolutamente desigual la salud, la hermosura, el vigor, la inteligencia, el genio—cualidades todas que confieren al que las posee una superioridad sobre sus compañeros.»

Dice don Elías y se calla. Durante largo rato habló, seguro, suave, de puntillas, como siempre, su espíritu. El repórter, roto como un muñeco abandonado, mudo, queda sobre la mecedora, mientras bebe los conceptos y da vuelta a las ideas. Se siente un poco confuso, un poco empapado de todo y con aire de persona de importancia. Mientras piensa en todo esto para su orgullo, se lanza a la inclemencia de la calle que presenta la vida burguesa de las casas de adobes. La visión amarilla y traqueadora del tranvía, llena la calle de brusca realidad...

J. M. C.

Del «Diario de Costa Rica», 14 de octubre de 1932

Este no es un reportaje; es algo parecido: un reporte. El redactor no ha conversado con don Elías Jiménez Rojas. Ha oído una conversación, casualmente, y la refiere aquí, cometiendo el pecado de habladería de que nos creemos muy absueltos de antemano los

periodistas. Conversaba don Elías en su tienda con una joven maestra de escuela, mostrador de por medio; conversaba muy despacio, como para que la maestra retuviera lo que él decía y el redactor pudiera apuntar con disimulo:

—¡Siempre tan metido! ¡Hubiera visto Ud. los desfiles escolares! Lo que es el señor Papez se merece deveras un aplauso, porque está logrando disciplinar a los chiquillos y hasta a los grandes.

—¿Cuáles grandes?

—Los del Liceo... Apuesto a que usted no se ha fijado siquiera en los uniformes. Son muy democráticos.

—¡Oh, sí! A la democracia le encanta uniformar, darse la ilusión de la igualdad. ... Es muy democrático eso de que no pueda uno saber si el grupo que viene por la calle es de colegiales o de hoscós aprendices de un taller de mecánica.

—¿Por qué hoscós?

—Por el color de los uniformes.

—¡Muy encubridor, por cierto!

—Y para estudiantes convendría que fuera muy descubridor.

El redactor ha retenido este trozo del diálogo, pero no sabe cómo expresar la afabilidad de los semblantes de ambos interlocutores. Siguió luego la conversación su cauce natural, ganando en seriedad y haciéndose cada vez más largas las réplicas de don Elías. Léase la principal:

—Esas son fiestas católicas exclusivamente. La nueva, del 2 de agosto, ni la mentemos: fue una ridiculez del Congreso; no tiene fundamento religioso ni de ningún otro orden. ... Le decía, pues, que si me encargaran del calendario de los ocios, cambiaría las fiestas nacionales: haría celebrar tan sólo aquellas

pocas cosas que tienen un sentido hondo y acerca de las cuales no es posible que se produzcan discusiones penosas. En vez del 15 de setiembre, haría celebrar el 12 de noviembre de 1821, día en que, sin odios y sin arrogancias, los costarricenses resolvieron en fin darse un gobierno propio, pacíficamente, con la modestia y la sensatez de quien comprende la responsabilidad que se echa encima. En vez del 12 de octubre, en que se renueva la memoria nada simpática de Cristóbal Colón, yo haría celebrar el 23 de abril de 1616, fecha de la muerte de Cervantes. La fiesta del 23 de abril sería una fiesta de carácter simbólico: sería la fiesta de la lengua que nos mantiene en ventajoso acercamiento a los hombres de tantas y tan vastas regiones de todos los continentes. La fiesta de la lengua sería la de mayor sentido filosófico: la gran fiesta escolar. El fin de la escuela, el más importante objeto de la escuela es la perfección del lenguaje. La evolución natural culmina en el hombre, que es un organismo que habla. Toda la evolución biológica tiende hacia la capacitación para la abstracción. Sentir propiamente, es abstraer. Razonar, es abstraer. Hablar, es abstraer por excelencia. Y la escuela debe imitar a la Naturaleza, desarrollando en los educandos las capacidades para la abstracción.

Que el impuesto sea directo o indirecto, que se perciba sobre la producción o sobre el consumo, en la fuente o en la desembocadura, *todo impuesto pesa sobre el trabajo.*

M. de Girardin.

Del «Diario de Costa Rica»

Un amigo de España felicita a Uxlux por su «glosa» del domingo relativa a la circular dirigida por el señor Secretario de Educación a sus subdirectores de la enseñanza, con ocasión de la «fiesta de la raza». En verdad, dicha circular no tiene el fondo y el tono adecuados al caso. El señor Secretario hace gala de su memoria y de una erudición poco científica. Queda arriba la España de las panderetas, de las aventuras, de las supersticiones y de los versos. En una lista en que cupo el nombre de un Gutierre de Cetina, autor de algún bonito madrigal, no hubo campo para un Miguel Servet, o un Raimundo Lulio, o un Menéndez y Pelayo, o un Ramón y Cajal. Cupo en la reseña «la milagrosa Virgen de Ujarrás», que jamás hizo milagro alguno, y no hubo espacio para citar al padre Florencio del Castillo o a un Francisco José de Caldas. Queda abajo la España de los marinos, de los aviadores, de los mecánicos, de los físicos, de los naturalistas, de los matemáticos.

Si el señor Secretario se pone a hacer literatura de oropel, no tendrá tiempo para la pedagogía seria a que lo obliga su posición. Como es joven y no está corrompido, es de esperar que la punzante amonestación recibida le haga provecho.

San José, 10 de octubre de 1932.

Con don Elías Jiménez.

Don Elías parece que mira por encima de las antiparras, y sin embargo, no lo hace. Es un fenómeno de óptica reporteril. Le larga el reportero la pregunta y se queda agazapado. Hay un lento silencio que llena de ansiedad. Por fin, don Elías habla:

—Podría responder a Ud. con dos palabras, pero una respuesta breve es siempre desagradable para un periodista. Voy, pues, a diluirme.

El repórter no contesta nada. Se queda quieto. Quiere fumar, pero no fuma.

—Yo soy positivista. El positivismo político no difiere del positivismo filosófico de un Taine o de un Claudio Bernard. Este positivismo es modesto: sabe esperar: siempre espera, no cruzándose de brazos, sino prosiguiendo con empeño la rebusca de la verdad. No la verdad lejana, sino la verdad próxima: la verdad accesible. Este positivismo se abstiene ante los grandes problemas: se aplica sólo a los pequeños —a los que le parecen fáciles, gracias a la capacidad que posee para resolverlos. Paso a paso va haciendo su cadena: si le falta un eslabón, no lo inventa, se detiene a buscarlo. Este positivismo se limita al reconocimiento de los hechos y al establecimiento de las reglas de acción deducidas lógicamente de estos hechos. Ahora bien, el hecho que se me impone, en relación con la pregunta de Ud., es el siguiente: toda campaña política en la cual los ciudadanos no se mueven «por su propia cuenta» y según sus convicciones, es una campaña fundamentalmente mala. Ud. dijo el otro día que yo no acertaba a distinguir el barro del cristal. Agregue hoy, que no acierto a comprender cómo puede hablarse públicamente de una

cuenta de gastos que debería haber ido cancelándose automáticamente, como se cancelan todas las cuentas de gastos por acciones privadas. La segunda parte de la pregunta de Ud. no requiere ya respuesta. Los empleados públicos prestan servicios públicos y perciben sueldos o remuneraciones que no deben ser disminuidos para cubrir gastos electorales que son, lo repito, de carácter privado. El que solicite los sufragios del pueblo, ha de vestirse hoy como en la antigüedad: con una bata blanca (*cándida*), sin bolsas y sin bolsillos. Si nó, que no se llame *candidato*.

Ud. me replicará que yo, por tratar de resolverlo positivamente, no resuelvo el punto. Que hay una deuda y hay que pagarla. ¿Sí? Pues que la paguen quienes la contrajeron o quienes quieran libremente hacerse cargo de ella.

Habíamos prometido hacerle a don Elías una pregunta: ¿Debe publicarse la lista de gastos de la campaña que lleva a un partido al triunfo? Le hicimos ésa y esta otra: ¿Deben los empleados públicos pagar esa deuda?

(*Diario de Costa Rica*, 27 de octubre de 1932).

«Los maestros constituyen la más rara y extraordinaria de las especies zoológicas, pues son la única que, en largos períodos de lucha, nada consigue ni aprende nada de sus adversarios.»

NOTAS DEL DIRECTOR

El 24 de agosto se celebró el centenario de la muerte de Sadi Carnot. Un pequeño libro, escrito a la edad de 28 años, colocó a este físico en un lugar excepcional en la historia de las ciencias. Murió muy joven, a la edad de 36 años, dejando puestas las bases de la física moderna. Los principios establecidos por Carnot permanecen intactos. Todo un siglo de progresos y revoluciones no ha hecho más que confirmarlos.

* * *

Cuando estudiante, me burlaba yo de los compañeros dedicados a las letras, siempre que los encontraba ejercitándose en acrósticos o composiciones de pie forzado.

Que no diga la lengua por do pague la cabeza, me gritó una vez uno de ellos. Y aquí me tienen Uds. en ejercicios más difíciles que los de mis compañeros. Los periodistas preguntan y úno ha de contestar forzosamente y temblando, porque sabe que la respuesta va a publicarse.

* * *

La «huelga de hambre» me parece una puerilidad. Si Silvio Pellico hubiera ideado una acción semejante, la posteridad no le tendría en la estimación en que lo tiene. Peor todavía esa amenaza de suicidio tratándose de quienes creen, como Gandhi, en la reencarnación. En este caso, el suicidio carece de sentido. Es un absurdo. Un amigo que me oyó decir esto mismo el otro día, me hizo notar que la mentalidad de Gandhi era demasiado diversa de la nuestra para que nos atreviéramos a hacer apreciaciones como la

mía. Puede que mi amigo tenga razón, pero pienso que las mentalidades de los hombres, con todo y ser distintas, no son fundamentalmente diversas. Una prueba me la da el mismo Gandhi que se ha asimilado perfectamente algunas ideas occidentales, todas las que le han dado celebridad.

* * *

La expresión que hemos empleado varias veces: *civilización occidental*, es en verdad bastante errónea. La civilización es una sola. La diferencia entre el oriente y el occidente no es de calidad sino de cantidad: en los pueblos occidentales, el tanto por ciento de las personas individualistas ha sido, durante los últimos siglos, muchísimo mayor que en los pueblos orientales; en éstos, la masa amorfa, pasiva, gregaria, ha ahogado casi las manifestaciones individuales.

* * *

Las cosas que no son aceptadas por la mayoría, guardan el carácter de novedades a través del tiempo. Cuando yo daba lecciones de higiene —va a hacer de ello 40 años—, decía a mis alumnos que era conveniente usar dos trajes, uno interior y otro exterior, uno blanco y otro negro, y que uno de los dos debería ser de seda o de lana. A esta conclusión nos llevaba el estudio de las radiaciones solares. Y bien, después de tantos descubrimientos importantes realizados recientemente en este capítulo de la ciencia, véase lo que escribe Charles Nordmann, en octubre:

Si los negros tuvieran la piel blanca, ésta absorbería menos el calor del sol, pero en cambio, dejaría penetrar más hondamente en el organismo los rayos ultravioletas, los cuales causarían estragos infinita-

mente más grandes que los que pueden resultar de una absorción un poco más considerable de calor. Por esto la naturaleza ha provisto de pigmentos negros la piel de los hombres de las regiones más expuestas al sol. Estos pigmentos absorben completamente y trasforman los peligrosos rayos ultravioletas, según lo ha demostrado el célebre dermatologista Danés Finsen.

* * *

Ejemplos de los males que causa siempre la intervención del Estado en los negocios privados, se encuentran con facilidad. Mire Ud. hacia donde quiera. Ahí tiene, si gusta, las industrias del pan. El pan que ofrecen es cada día peor, en virtud de una cadena de causas que ha venido tejiéndose desde hace más de un siglo. El hecho es que hoy los agricultores cultivan trigos de «gran rendimiento», ricos en almidón y pobres en gluten (una de las partes mejores de la harina, desde el punto de vista de su valor alimenticio). Los molineros después, gracias a los procedimientos que emplean, suministran una harina blanca, casi privada del poco gluten que había en el trigo y privada también casi totalmente de los elementos minerales de la corteza del grano. Los panaderos, en fin, forzados a hacer que esta harina, de almidón casi puro, pueda amasarse, fermentar, crecer y cocerse como una buena harina, y rápidamente, por añadidura, ya que el consumidor pide su pan al amanecer y la ley ha prohibido el trabajo nocturno, recurren, para realizar tantos milagros, a las sustancias químicas «mejorantes». Llega así a la boca del ciudadano un alimento de ínfima calidad, en lugar del excelente pan de otros tiempos.

En algunos países, Costa Rica en cuenta, se han

agravado las cosas con la disposición oficial que ordena agregar almidón —¡oigan Uds!— a lo que ya pecaba de ser demasiado almidón.

* * *

¿Y la leche? ¿no se habla todavía de hacer obligatoria la pasteurización? ¿No sabemos por ventura perfectamente que la pasteurización, aun en el caso de haber sido aplicada a una leche que se acaba de ordeñar, rebaja o anula el valor mineralizante de la leche?

Siempre hemos de ver al Estado enredarse en sus propias redes. Se empeña en luchar contra la tuberculosis y le prepara por otro lado el terreno.

* * *

No conociendo el costo de todas las mercaderías vendidas en este año, puesto que gran parte de las obligaciones en oro no han podido ser canceladas (a consecuencia del funcionamiento de la Junta de Control de Cambios), ¿cómo harán los comerciantes la declaración exigida por la estupenda ley de la cédula personal?

* * *

Yo no sé quiénes componen la llamada «Cámara de Comercio» de Costa Rica. Lo que sé es que en ella llevan frecuentemente la batuta personas que no tienen un pelo de comerciantes. El comercio vive de libertad. Las trabas legislativas reducen y apocan las actividades comerciales propiamente dichas, las actividades fecundas o duraderas. Dichas trabas atizan en cambio las especulaciones abusivas, destinadas por su naturaleza a no constituir nada de positivo en la obra compleja del desarrollo de un país. Las

trabas incitan a la falta de honradez, y sin honradez no hay crédito o confianza, y ésta es la condición primordial del verdadero comercio.

No comprendo tampoco esa rivalidad que se nota aquí entre agricultores y comerciantes, cuyos intereses están patentemente ligados entre sí. Cuanto se haga en real beneficio de los agricultores redundará en beneficio de los comerciantes y vice versa. ¿De qué sirven cosechas abundantes si no es para venderlas y cambiarlas?

* * *

El hombre es un animal fotófago, luminívoro, actinófago, o como se prefiera decir para expresar que necesita de la luz como del aire o del agua; pero esto no significa que pueda uno exponerse al sol sin cuidado y sin medida. A los baños de sol hay que aplicar la regla que se aplica a todos los actos en higiene: deben ser acompañados de placer y seguidos de bienestar.

En Copenhague se reunió en setiembre el segundo congreso internacional de la luz. Entre los asistentes estaba el profesor Friedriech, decano de la facultad de medicina de Berlín —capital del nudismo. En ese congreso se expusieron los grandes beneficios y los peligros de la helioterapia.

Según el profesor francés Aimes, el baño de sol puede acarrear, aparte los casos de insolación aguda, graves daños en los sujetos portadores de lesiones discretas (tuberculosis inicial, tuberculosis entorpecida, lesiones renales, etc.); puede despertar afecciones antiguas, acelerar otras o crear algunas: eczema, urticarias, dilatación de pequeños canales sanguíneos, keratosis que pueden ir hasta el cáncer.

En resumen, retengamos las palabras del Doctor

Toulouse: «El naturismo y el nudismo pueden ser interpretados como una reacción contra los excesos de la civilización; pero todo lo que es natural no es forzosamente mejor.»

* * *

Decía Disraeli que «después de los verdugos» nada hay más odioso que las víctimas», las víctimas que se agachan y bendicen a sus verdugos.

Recuerdo estas palabras después de leer los importantes relatos de la vida en Rusia publicados en la prensa europea en los meses de setiembre y octubre. Las recuerdo, pero no quiero aplicárselas a los rusos. ¿Quién sabe lo que ellos se tengan dentro?

Las observaciones de Arthur Geltman, experto-contador británico, que ha pasado 9 meses en Rusia, han sido paralelamente confirmadas por otros viajeros autorizados: la desorganización económica de los soviets, la degradación y la miseria del coloso de 180 millones de hombres, son cosas innegables.

Víctor Boret termina con las siguientes palabras su trabajo intitulado «Un mes en Rusia soviética»: Ni un comunista francés, por ardiente que sea, aceptaría el régimen soviético en nuestro país de vida libre y de individualismo, sombrío —¡ay!— demasiado a menudo.

El doctor Augusto Marie, médico de gran prestigio, que en diversas épocas ha estado en Rusia, cuya lengua posee perfectamente, al regresar de su reciente viaje, ha formulado su diagnóstico en estos términos: «Un país gravemente enfermo» y concluye así su profundo relato: «Al salir, por fin, de Leningrado, nos sentimos libres de una pesadilla que, felizmente, no es realizable entre nosotros. Ha sido preciso la situación excepcional de un país inmenso, sin caminos

y poblado por masas incultas y aterradas por las desgracias de la guerra, para que las *bacterias de la revolución* hayan podido alcanzar en él tal grado de virulencia y destruir las bases que regulan un Estado civilizado».

* * *

Stéphane Lauzanne ha demostrado en *Le Matin* que contar con los diputados, para hacer economías, sería como querer apagar un incendio echándole comburentes y combustibles.

Voy a resumir la conclusión del notable periodista:

La papelería y la burocracia conjugadas que nos sofocan, son hijas de la inercia gubernamental y de la demagogia parlamentaria. La flojedad es la madre; el diputado es el padre.

El funcionarismo y los gastos van formando una pirámide que se eleva sin fin en el cielo. En la base de la pirámide está el diputado.

El diputado inventa formalidades; éstas exigen trabajo; éste supone un cuerpo de funcionarios, y todo hay que pagarlo.

* * *

Una buena caricatura vale por diez artículos largos y jugosos. Esto que digo no es una revelación para los costarricenses contemporáneos de Paco Hernández. Pues bien, de Rusia no hay que esperar artículos que digan la verdad que allá se vive; pero sí podemos admirar la obra de sus excelentes caricaturistas. *L'illustration* del 15 de octubre ofrece a sus lectores unas cuantas reproducciones de las caricaturas bolcheviques, preciosas para los historiadores. Ellas bastan para demostrar, a quien tenga ojos, el fracaso de la inmensa máquina del Estado socialista. La administración central rusa gasta cientos de miles

de kilogramos de papel en propaganda, circulares y encuestas (¡la encuesta sanitaria abarca 59000 preguntas!), y tiene como resultado: **0.00**. La calidad de la producción es detestable; la repartición de las mercaderías de primera necesidad es superlativamente defectuosa, etc., etc. Hay en estas líneas el mismo tanto por ciento de exageración que hay en las caricaturas de que se habla.

* * *

En la invitación del filósofo Lhashekankrakrya, citada en el primer lugar de este cuaderno, no hay una línea que no tenga un gran valor. Voy a copiar aquí el trozo en que habla de Dios:

El budismo no está ni por ni contra ninguna fórmula de «Dios»: es absolutamente *ab-teísta*. No considera siquiera su posibilidad, y si existe verdaderamente, ello no altera los planes del budismo ni le importa para nada. En cuanto a las formas dadas a «Dios», las rechaza, porque él es contrario a toda forma de *rito*, de *ceremonia*, de *adoración*, de *adhesión* a no importa cuál clase de «forma». El budismo no considera la necesidad de «Dios» en el Universo, puesto que todo está regido por las leyes naturales y el sér es el producto, variable al infinito, de sus propios esfuerzos y de sus propias aspiraciones.

APUNTES

INDICE DE AUTORES

Cuadernos 1 a 9 - 15 de Mayo 1931 a 15 de Diciembre 1932

	<u>Página</u>
Acosta, Julio	
F. Tinoco.....	135
<i>Agencia Havas</i>	
Rusia hacia la libertad.....	386
Alcalá Zamora, Niceto	
Orden público.....	169
Alfaro Cooper, J. M.	
Autobiografía.....	140
Azorín	
Los enfermos.....	114
Baroja, Pío	
Socialismo y Comunismo.....	222
Benavente, Jacinto	
Las leyes.....	399
Bergson	
Intuición.....	407
Bermann, Gregorio	
Determinismo	pr. 349
Bernard, Claudio	
Por qué y cómo	216
<i>Boletín National City Bank</i>	
Aranceles.....	(bis) 388
<i>Boletín Sociedad Naciones</i>	
Reforma calendario.....	166
Bonilla, Abelardo	
Conv. Segismundo de Prusia.....	338
Comentarios. Ciencia ..	360
Benavente. Chesterton	398
Borges, Fernando	
Reportajes	43-153-183-369
Brenes Córdoba, Alberto	
Carta.....	147
Conversación	148
Caldera, Ramón	
Reportajes.....	292-339

Calderón, Alfredo	
¿Anarquista?	92
<i>Calendario de Warner</i>	
Diversos	345
Carrel, Alexis	
El cerebro	217
Sífilis	309
Castelar, Emilio	
Socialismo de Estado	89-288-295-298
Castelein, A.	
Mania de reglamentación.....	307
Castro Cervantes, Vicente	
De regreso de Europa.....	241
Clemenceau	
Libertad y Estado.....	94
Constant, Benjamín	
Varios	132
Churchil, Winston	
¿Quiere Rusia la guerra?.....	171
Da Vinci, Leonardo	
Desigualdad.....	64
De Girardin	
Impuestos	412
Delaisi, J.	
Sistema Soviético.....	397
<i>Diario de Costa Rica</i>	
Individualismo.....	191
Reportajes.....	157-208
Echeverría García, Francisco	
Comunismo	299
Edison	
El Estado y los negocios	185
Einstein	
El Estado.....	291
<i>El Tiempo</i>	
La otra crisis.....	49
G. Valencia, abuelo.....	71
Ferrero, Guillermo	
Pueblos libres.....	pr. 389
Libre cambio.....	320
G. S., A.	
Reportaje	201
Garofalo, R.	
Wang-ngan-Ché	307

Greñas, Alfredo	
País de civismo	p. i.
Heller, Hermann	
Ideas liberales	349
Herriot, Eduardo	
Chopin	385
Hoover, Herbert	
El Estado empresario	34
Ibsen, Enrique	
La idea de Estado	311
Hijos de la tierra	336
Jaurés, J.	
A la luz de la luna	120
Javal, A.	
Funcionarismo	324
Jiménez O., Ricardo	
Hacia Rusia	398
Jiménez R., Alfonso	
Problemas eléctricos	1
Autobiografía	110
Contribuciones municipales	36
Economía administrativa	153
Tramitación judicial	248
Reformas constitucionales	254
Cuestión electoral	272-281
Tarifas correo y telégrafo	303
Declaración	362
Monumento al Padre Chapuí	403
Jiménez Rojas, Elías	
Cédula personal	43-289
España	45-83
Autobiografía	73
Comunismo	77
El voto	83
La paz	102
Eficiencia escolar	105
Sólo la naturaleza produce	226
Elecciones de 1932	228
Lenguaje	232
Telegramas en E. U.	253
Individualismo	287
Carta	195
J. Stuart Mill	200
Cultura clásica	312

Gramática A. Francesa	319
Voto femenino	333
Mussolini	363-379
Topacio	364-367-370
Glosas de Uxlux	405-413
Uniformes, Fiestas nacionales	411
Deudas políticas	414
Pan, vestido, sol, etc	416
Conversaciones	46- 75-155-178-186-202 205-209-283-292-329-341 372-377-381, etc. etc.
Keyserling, Hermann	
Europa	356
Krishnamurti	
Varios	165
Labadié, J.	
Rayos cósmicos	351
Largo Caballero	
Fragmentos de un discurso	111
Lavater	
.....	355
Le Bon, Gustavo	
Socialismo	221-298
Le Matin	
Verdunización del agua	84
El problema político	233
La mujer-sol	354
L'illustration	
1. ^a ascensión de Piccard	106
Llasshekanrakrya	
Budismo e individualismo	389
Dios	423
Marín Cañas, José	
Reportajes	365-371-376-405-414
Manuscrito del Herculano	
De la muerte	129
De la democracia	131
Murray Butler, N.	
El uno y los muchos	53
Sufragio directo	83
Naquet, Alfredo	
El Estado reaccionario	104
Nervo, Amado	
Contra «Topacio»	371



Nordmann, C.	
Pigmentación negra.	417
Núñez, Francisco M. ^a	
Reportajes	155-160-197-296-343
Ortega y Gasset, J.	
Característica de la Economía.....	170
Peña Chavarría, Antonio	
Carne en la alimentación	234
Pi y Margall	
Contra el comunismo.....	97
P. P.	
Cartas.....	101-329
Reclus, Eliseo	
Libertad individual.....	215-318
Renan	
.....	170
Richet, Carlos	
Los soviets.....	230
La lengua francesa.....	315
<i>Revista de Medicina</i>	
La rata.....	402
«Rosina»	
Perro de moda... ..	321
Seligman, R. A.	
Tributación inofensiva... ..	88
Soley Güell, Tomás	
Las buenas normas económicas.....	220-391
Teodosio, el monje	
Profecías.....	322
Unamuno, Miguel de	
Serenidad.....	(bis) 348
Varigny, C. de	
Por más chino... ..	308
Wells	
.....	170
Wiggmann, A. E.	
El laboratorio.....	407
X.	
Cosas de antaño.....	326
Z., A.	
Reportaje.....	178